



Capítulo 310 - Próximo objetivo

"Entonces...", dijo Vergil, cruzando las piernas con calma mientras se reclinaba en el sillón de cuero. Su mirada estaba fija en las pantallas frente a él: una mezcla fascinante de imágenes de mapas, líneas de código y rastros con diversos puntos de interés. "Tengo algunas preguntas."

"Por supuesto, mi dulce y delicioso amor", respondió Paimon antes de terminar de suspirar, apoyando la cabeza suavemente en su pecho mientras lo abrazaba de lado. Su voz era pura miel, y su cuerpo escultural se amoldaba al suyo como si estuviera hecho para ello.

Se sonrojó levemente al darse cuenta de que Vergil no la estaba rechazando. No había tensión. Ni pestañeo. Él simplemente... aceptó.

Para ella eso era más poderoso que cualquier magia.

Desde aquel día en el bosque, cuando lo abrazó por detrás y él no se resistió, algo había cambiado. Ya no necesitaba provocar para hacerse notar. Estaba allí. Presente. Y él se lo permitió.

—¿Qué quieres saber? —susurró ella, sus ojos oscilando entre el rubí y el zafiro, una mezcla típica de su linaje infernal, pero que siempre brillaba más a su alrededor.

Vergil pasó los dedos por una de las pantallas. Las imágenes cambiaron. Un fragmento dorado apareció en 3D, girando lentamente, bañado en datos energéticos.





"¿Qué descubriste sobre el Fragmento de Ex-calibur?", preguntó con un tono tranquilo, casi casual. Pero tras la pregunta se escondía un mar de curiosidad contenida.

Ella esbozó una pequeña sonrisa y sus labios rozaron suavemente la tela de su camisa.

"Ah... eso." Chasqueó los dedos y una pequeña runa flotó hasta la superficie de la mesa. "Bueno, seguro que quieres saber sobre el aspecto divino que recibió, ¿verdad? Cuando visité a Viviane para preguntarle al respecto, me dijo que era solo magia de Luz, así que algo la convirtió en Divina. Y bueno, llegamos a la conclusión de que fue la Sangre de Dragón la que Arthur Pendragon mató."

"Kilgharrah", murmuró Vergil pensativo, "el dragón que mató el Rey Arturo..."

Paimon asintió. «Estamos rastreando Gales en busca de rastros de Camelot, pero... encontrar un dragón es cien veces peor que encontrar un dios». Paimon murmuró algo molesto.

Vergil ladeó levemente la cabeza, con la mirada fija en la proyección del fragmento. «Si la sangre de Kilgharrah fue el catalizador de la transformación de la espada, entonces no es solo divina... es híbrida. Un artefacto místico con un corazón dracónico».

"Exactamente", respondió Paimon, ahora más animado, incorporándose un poco para apoyarse en el borde de la mesa holográfica. "La energía que emana del fragmento no es solo celestial. Pulsa. Como si... respirara. ¿Y adivina qué? Eso no es común en ningún artefacto mágico tradicional. Solo en cosas creadas con esencia viva".





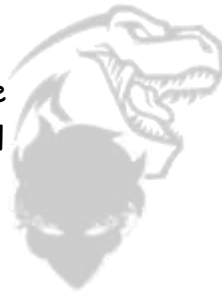
Vergil se frotó la barbilla pensativo. «Así que, técnicamente, no fue destruido. Fue desmantelado con un sacrificio... como un pacto».

Paimon esbozó una amplia sonrisa, de esas que mezclan orgullo y peligro. «Ya lo estás cogiendo. Sí, creemos que los fragmentos se separaron porque no resistieron la fuerza del pacto».

Desvió su mirada hacia la esquina de la pantalla donde parpadeaba una advertencia roja: se había detectado algún punto de energía inestable en las afueras de la isla Bardsey, un lugar antiguo, olvidado por casi todos... excepto por los seres que no olvidan.

"Eso podría ser un fragmento", comentó.

—O una trampa, sobre todo porque Espectro sabe que se usó Sangre de Dragón —replicó Paimon, acurrucándose contra él como si hablaran del tiempo—. Pero es un buen punto de partida.



"Es cierto..." murmuró mientras la sentía regresar a su lado y acurrucarse.

Paimon se acomodó en el sofá junto a él, apoyando la cabeza en la curva entre el hombro y el cuello de Vergil. Durante unos segundos, permaneció en silencio, escuchando solo los latidos de su corazón, como buscando el ritmo en las palabras que estaba a punto de decir. Luego, sin levantar la cara, murmuró en voz baja:

"Vergil... ¿qué pasaría si te diera una alternativa menos suicida a invadir una isla que claramente podría ser una trampa?"



Arqueó una ceja, todavía mirando los dados, pero ya consciente de que cualquier cosa que dijera con ese tono sutil viniendo de ella tenía el potencial de ser absurdamente brillante... o absurdamente peligroso.

"Estoy escuchando", dijo con calma.

Levantó la cara; sus ojos brillaban con ese destello entre travesura y sabiduría. "¿Y si... conocieras a una diosa?"

Vergil parpadeó. El silencio que siguió casi hizo que pareciera que el tiempo se hubiera congelado en la habitación. Lentamente giró el rostro hacia ella. "¿Cómo es?"

Paimon sonrió con gusto, y esta vez era el tipo de sonrisa que hacía crujir de envidia las puertas del infierno.

Una diosa. Literalmente. Sagrada, eterna, maravillosa y extremadamente sarcástica. —Se apartó lo justo para cruzar una pierna sobre la otra, con las manos en el regazo—. Perséfone. Reina del Inframundo. Esposa del dios más ceñudo de la historia.

A Vergil le tomó unos segundos digerirlo. "¿Perséfone...? ¿Por qué iba a ayudar?"

—Porque —dijo Paimon, inclinándose hacia delante como quien revela un secreto sucio—, si el Rey Arturo usó la sangre de Kilgharrah para sellar un pacto, ese pacto implicó un intercambio de esencia viva. Alguien tenía que morir. Y si Arturo es el eslabón perdido... quizás su alma esté ahí abajo. Vagando. O atrapada en algún juicio eterno.





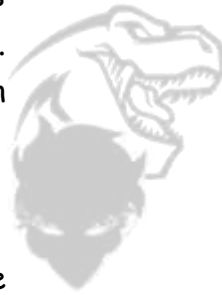
Hizo una pausa dramática. "¿Y a quién conoces que pueda darte vía libre al inframundo?"

Vergil respiró hondo. "¿De verdad quieres presentarme a Perséfone?"

"¿Presentarte? Claro que no, no dejaré que toque lo que va a ser mío", corrigió, levantando un dedo como para sermonear. "Usemos nuestros estatus para conseguir una audiencia con ella".

"No creo que alguien que se hace llamar la Reina del Inframundo vaya a aceptar algo así de demonios como nosotros", dijo Vergil.

Paimon se encogió de hombros con una sonrisa traviesa. "Sí, bueno... nadie es perfecto. Pero conozco a alguien que puede conseguirlo sin mucho esfuerzo. Claro... tendrás que usar tu encanto natural". Le guiñó un ojo con picardía, con los labios curvados en una mueca de pura diversión.



Vergil suspiró y se recostó en su silla, frotándose las sienes con las yemas de los dedos como si supiera exactamente adónde iba esto. "No me digas que eres en quien estoy pensando..."

Ella sonrió aún más, claramente divertida por su sutil incomodidad. "Ah, es cierto, dije algo cuando me pediste que buscara a Specter, ¿verdad?" Chasqueó los dedos como si acabara de recordarlo. "Sí, querida, la misma. Afrodita."

Vergil arqueó una ceja, casi con incredulidad.

Si hay alguien en el panteón griego con suficientes conexiones y una lengua lo suficientemente dulce como para congraciarse incluso con el inframundo... es ella. —Paimon apoyó la barbilla en las manos, pensativa—. Aunque todos los



dioses griegos se odiaban con vehemencia, Afrodita siempre fue... digamos, persuasiva. Sobre todo con Perséfone.

"¿Quieres que vaya a la Diosa del Sexo y le pida educadamente que me lleve con la Reina de los Muertos?"

—No, quiero que la conquistes un poco en el proceso —respondió con una naturalidad casi ofensiva—. Al menos lo suficiente para que quiera ayudarte. Y créeme... Afrodita ama a los héroes trágicos de ojos hermosos y pasados malditos.

Vergil cerró los ojos un momento. «Maravilloso... Voy a coquetear con una diosa solo para interrogar a un rey muerto. No suena descabellado en absoluto».

Paimon se acercó y le dio un beso suave en la mejilla. "Ah, mi amor... bienvenido a la mitología. Aquí apenas es martes".



Paimon se apartó ligeramente del regazo de Vergil, con el cabello cayendo sobre sus hombros mientras se estiraba hasta el borde de la mesa. Sacó una hoja de pouchita amarillo neón y, con un chasquido de dedos, conjuró un bolígrafo negro común y corriente.

"Todavía vive en París", murmuró Paimon mientras anotaba la dirección con fluidez. "Claro, no en un ático, sino en un edificio de Montmartre que nadie encuentra en Google Maps. Hay una floristería falsa enfrente. Se llama Jardín de la Nuit. Parece una boutique, pero nadie la ha visto vender flores."

Virgilio observó los acontecimientos como quien presencia un desastre a punto de ocurrir.



Paimon terminó de escribir y le tendió el papel como quien entrega la llave de una caja fuerte maldita. "Toma. Llama, entra y.... procura no parecer un acosador divino. Si te pregunta quién te envió, dile que fui yo. Lo entenderá."

Vergil tomó el papel, lo leyó una vez y luego volvió a mirar a Paimon con recelo. «Me envías a ver a la diosa del amor, la florista secreta de París, en medio de una misión sobre fragmentos sagrados y las almas de reyes muertos...».

Paimon sonrió, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la palma de la mano. «Sí. Y con suerte, te besaré antes de ayudarte. O después. O en los descansos».

Paimon arqueó una ceja con esa expresión que decía «ah, claro que sí», incluso sin decir palabra. Se acercó lentamente, sus tacones resonando suavemente contra el suelo mientras una sonrisa pícaro se ensanchaba en su rostro.

—¿Casado, eh? —repitió con una voz dulce como el licor, deteniéndose justo frente a él—. Y aun así me dejaste abrazarte... me dejaste tocarte... y ahora vas a Afrodita con mi nombre en la punta de la lengua. —Ladeó la cabeza, como si analizara un cuadro intrigante—. De verdad que estás lleno de contradicciones, mi amor.

Vergil resopló, girando la cara como si quisiera cortar la conversación. «No voy a tener una relación con una mujer que ha tenido más hombres que cambios», repitió.

Paimon rió, sin la menor vergüenza, y se acercó un paso más. "Esa sí que es buena. ¿Pero sabes qué es más gracioso?", dijo casi en un susurro, con los labios peligrosamente cerca de los suyos. "Te importa. Si no te importara, no habrías dicho nada."





Antes de que pudiera responder, ella lo jaló del cuello de la camisa y lo besó. Fue un beso rápido, audaz y lleno de ese fuego que solo los seres del Infierno saben dosificar con precisión. Un escalofrío recorrió la espalda de Vergil, pero permaneció inmóvil, sin responder, pero tampoco... sin negarse.

Cuando Paimon se apartó, se lamió discretamente el labio inferior y sonrió con ese brillo burlón en sus ojos.

"Mmm... ¿casado y me deja besarte?", murmuró con una voz suave como la tentación. "Qué irónico."

